

• POLÉMICA • POLÉMICA •

¿HIPERTROFIA DE LA IMAGEN?

Nos referimos al artículo «La revolución de la imagen», aparecido en el número 478 de TRIUNFO.

De la lectura del artículo deducimos que la tesis de Valeriano Bozal es muy concreta: a un país cuya civilización se debate todavía entre la co-chambre y la miseria le ha salido una hipertrofia: la imagen. Y dentro de este hipertrofiado mundo de la imagen hay sólo dos bandos: los buenos y los malos, como en las fiestas de moros y cristianos. Los frívolos por un lado y los serios por el otro, o mejor dicho, el serio.

Para demostrar la existencia de esa hipertrofia, Bozal ofrece una pintura impresionista de desconchados y braseros al lado de imponentes anuncios de electrodomésticos. Esto, con ser cierto, no demuestra necesariamente la existencia de tal hipertrofia, sino que constituye únicamente una referencia a los enormes desfases entre diferentes sectores de población, áreas culturales medievales y «europeas» y sectores más o menos favorecidos en la distribución de la renta. Seamos realistas: aquí en Barcelona se vende mucho diseño gráfico porque, en realidad, se consume mucho diseño gráfico. Y se consume por necesidad.

Es cierto que existen crisis de la imagen, pero no se puede meter en el mismo saco imágenes publicitarias, políticas y culturales. En todo caso, sería interesante analizar las repercusiones de la crisis de las dos primeras sobre la producción de imágenes destinadas al mercado cultural.

Es cierto también que la gente va perdiendo su capacidad de leer imágenes a causa del exhaustivo y alienador bombardeo a que se ve sometida. No debería extrañarle, pues, a Valeriano Bozal que E. Sotúe «explote todas las posibilidades de sorpresa y asombro». Es absolutamente necesario que exalga formalmente su comunicación del código —en crisis— de las imágenes «habituales». Lo triste es que Sotúe se vea obligado a usar de estas protecciones para conseguir un mínimo de interés y disposición lectora del hastiado receptor. En modo alguno este recurso puede ser tachado de gratuito.

Bozal reniega de los diseñadores que conceden a la imagen más entidad que la estrictamente necesaria para ser vehículo funcional de transmisión de «mensajes». Recordemos tan sólo que las imágenes tienen funciones mucho más complejas que las letras de un alfabeto, que sólo sirven —estas sí— como vehículos.

Y por lo visto, los diseñadores que se entregan a estas prácticas forman la misteriosa «Escuela de Barcelona». Misteriosa, decimos, porque sólo se la divisa —en días claros— a 620 kilómetros de distancia. A medida que se reduce esta distancia se van desdibujando los contornos de la susodicha «Escuela» y, en tierras de Cataluña, no se la ve por ninguna parte. De todas maneras, nos hacemos cargo de lo angustiosa que debe de ser la constante colocación de etiquetas para orientarse en medio de la creciente complejidad de nuestra realidad cultural.

Por último, coincidimos con Bozal en que la «distanciación» representada por Corazón es una de las vías correctas de comunicación visual, pero sólo una de las vías, no la única.

También nosotros estamos empeñados en enseñar a leer. Pedimos a los compañeros de la capital que nos permitan experimentar nuestros propios métodos. ■ FERRAN CARTES (Barcelona).

A PROPOSITO DEL PREMIO BARRAL

En el último número de TRIUNFO, y con relación al Premio Barral de Novela, su colaborador José A. Gómez Marín hace ciertas alusiones sobre mi persona que yo considero difamantes, por lo cual les ruego a ustedes que en virtud del derecho de réplica tengan la amabilidad de publicar esta carta.

El señor Gómez se permite afirmar que «el día que se fallaba el debatido premio, alguien, con poderes para ello seguramente, se presentó en casa de María Luz Melcón, joven, inédita, asturiana y,

a pesar de todo, finalista del concurso. Aquel parainfo puso en manos de María Luz, simbólicamente, claro, el laurel del triunfo, y se la llevó a Barcelona como a una sabinia, con la prisa de quien tenía que llegar antes de que acabara la cena literaria». Tamañas afirmaciones, hechas con la contundencia de un testigo presencial, tienen un sentido claramente vejatorio al respecto de mi persona, y esto porque el señor Gómez prefiere incitar a la confusión insidiosa en lugar de informar sobre los hechos con objetiva veracidad.

La información que sobre mí da el señor Gómez Marín es una folletinesca versión del mitológico raptó de las sabinas que tiene claros alcances infamantes. En primer lugar, me presenta como víctima de alguien con extraños poderes, no sé si para presentarse en mi domicilio o si para coronarme con prematuros laureles. Del texto arriba transcrito se deduce que esos «poderes» son de carácter nigromántico, pues el parainfo en cuestión, mediante la simple magia de unas palabras, logró una extraña metamorfosis étnica; es decir, consiguió que yo dejara de ser una asturiana inédita para convertirme súbitamente en una sabinia pelásgica, que se dejó arrebatar bobaliconamente hasta el parnaso barcelonés.

Al margen del calenturiento relato del señor Gómez, los hechos, en aquel no lejano 27 de mayo, fueron como sigue: efectivamente, un parainfo —a quien, dicho sea de paso, veía por primera vez en mi vida— se presentó en mi domicilio en nombre de la Editorial Barral Editores, S. A., para comunicarme que, según las últimas votaciones del Jurado, mi novela estaba clasificada en primer lugar, aunque empatada a votos con la del argentino Haroldo Conti. En vista de ello, y al margen del resultado de las votaciones finales, la Editorial tenía a bien invitarme al acto en que se daría a conocer el fallo del Jurado. Para el caso de que libremente decidiera asistir, la Editorial me hacía el obsequio de un billete de avión de ida y vuelta, que el tal parainfo me entregó en su nombre y se fue. Como puede verse, lo que ocurrió en realidad dista mucho de lo que retorcidamente insinúa el señor Gómez Marín, pues si fui a Barcelona lo hice sola y por propia voluntad, esperando, eso sí, que la balanza final de los votos se inclinara a mi favor. La balanza no me defraudó, pues el empate a votos no se deshizo, pero el Jurado —compuesto por Mario Vargas Llosa, José María Castellet, Gabriel García Márquez, Carlos Barral, Juan García Hortelano, Salvador Clotas y Félix de Azúa— decidió declarar ganador al argentino, tal vez porque, habiéndole comunicado días antes a la Secretaría del concurso mi decisión de cambiar la última parte de mi novela, ésta debía considerarse provisionalmente inconclusa. Pero esto en modo alguno justifica la decisión del Jurado, pues es muy posible que aun en el caso de que la versión de mi novela hubiera sido considerada por mi parte como definitiva, el premio hubiera ido a parar lo mismo a manos de un argentino, Haroldo u otro, pues a nadie se le escapa que en el tinglado comercial de los premios literarios, los factores que pueden hacer vendible a un autor en determinadas áreas geográficas son, en último término, los que inclinan a su favor la balanza. Según esto, mis posibilidades de ganar frente al escritor argentino profusamente premiado, veterano, semi-pop y mediocre, eran nulas, máxime cuando ya entonces se entreveían ciertas dificultades de tipo censoral —hoy confirmadas— al respecto de mi novela, que, sin ánimo de defraudar al señor Gómez Marín, si bien es mi «opera prima», no será la última, ya que en modo alguno pienso seguir su impertinente sugerencia. ¿En virtud de qué osa aconsejarme públicamente el señor Gómez —desconocedor de mi valía o invalidez literaria— que, en lugar de dedicarme a ocupaciones impropias de mi sexo, lo que debo hacer es dejar de escribir y «echarme un buen novio»? Semejante chocarrería, propia del provincianismo, del subdesarrollo mental más celtibérico, es indigna de un escritor que, en determinados momentos —posiblemente cuando no está bajo los efectos de la calentura especulativa—, sabe escribir con un rigor y una seriedad humorística digna del mayor encomio; semejante chocarrería es indigna, también, de una revista como TRIUNFO, tan interesante como insustituible en el anodino contexto cultural del país. ■ MARIA LUZ MELCON.

MALCOLM HANCOCK

